

En vísperas de su partida

Homilía, 3 de mayo de 1970

Sexto domingo de Pascua

Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como yo cumplí los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Les he dicho esto para que mi gozo sea el de ustedes, y ese gozo sea perfecto.

Este es mi mandamiento: Ámense los unos a los otros, como yo los he amado.

No hay amor más grande que dar la vida por los amigos. Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo servidores, porque el servidor ignora lo que hace su señor; yo los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre. No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero. Así todo lo que pidan al Padre en mi Nombre, él se lo concederá. Lo que yo les mando es que se amen los unos a los otros¹.

La Iglesia toma, en este domingo, un texto de la Última Cena, precisamente del Jueves Santo, cuando el Señor celebra por última vez la Pascua judía con sus discípulos.

¹ Jn 15, 9-17

Es un texto muy sintético de lo que el Señor quiere dejarnos en vísperas de su partida por la Ascensión.

Tiene dos pensamientos centrales: el amor de Jesucristo a todos los hombres y el amor nuestro a Él, cuya consecuencia es el amor fraterno entre todos los hombres.

Los conceptos se entremezclan, se reiteran, se implican recíprocamente, siempre con su sentido claro.

Jesucristo, en vísperas de su Pasión les recuerda a los discípulos su amor a ellos, ese *dar la vida por los amigos*².

Les dice que los ha elegido y amado con un amor semejante al que el Padre tiene hacia Él y por eso, en cuanto amigos, les revela sus confidencias más íntimas.

Les recuerda que los eligió para que fueran fecundos y, con la vida divina que les promete, produzcan fruto abundante.

Les hace presente que los coloca en una situación tal de privilegio –en cuanto amigos– que cualquier cosa que pidan al Padre en su nombre, les será concedido.

Consecuentemente con ese amor de Jesucristo a los apóstoles y a nosotros hoy, tenemos que responder a esa obligación de amarlo al Señor. Y el modo de mostrarle nuestro amor es practicando su mandamiento nuevo.

Todo lo que Jesucristo nos transmite para que lo pongamos en práctica se resume en: *Ámense los unos a los otros, como yo los he amado*³.

² Jn 15, 13

³ Jn 15, 12

Este amor de los unos a los otros tiene un ideal que a la vez es un límite y supera todo límite: llegar hasta el dar la vida por los demás, como Él la dio; es amar a todos como Jesús nos amó a cada uno, como me amó a mí.

En estos breves versículos está ni más ni menos que toda la esencia del cristianismo.

El magnífico trasfondo de la Encarnación ilumina este pasaje del Nuevo Testamento: Jesucristo, Hijo del Padre Eterno, Verbo de Dios, participante desde toda la eternidad de la vida divina, gozosa, feliz de la Santísima Trinidad, viene a transmitirnos la plenitud de todo bien; resuelve venir al mundo tomando nuestra naturaleza humana para hacernos participar de esa vida que Él tiene con el Padre y el Espíritu Santo. Viene a transmitirnos el amor que el Padre le tiene y a hacerlo del modo más elocuente, nada menos que con la donación de su vida, que es la máxima demostración de amor: no sólo nos da la vida en su totalidad, la vida divina, sino que nos la da a costa de su vida humana.

No necesita de nuestro amor, ni de nuestra muerte para que le demos algo porque todo lo tiene infinitamente. Nos pide que le paguemos amor con amor y nos señala el camino de la devolución: por medio del amor al prójimo. Ese prójimo nuestro incorporado a Jesucristo como miembro, como sarmiento a la vid, lo representa, es parte de Él y es el destinatario que nos coloca para que le retribuamos nuestro amor: ese amor que viene del Padre y del Espíritu, por el Hijo llega a nosotros y retor-

na al Padre por el camino del prójimo, detrás del cual siempre está Jesucristo.

Sintetizando: ¿Cuál es la regla general? Amar al prójimo como Jesucristo nos amó a nosotros, que es lo mismo que amar al Señor con reciprocidad, como *Él nos amó primero*⁴.

¿Cuál es el límite? Mas allá de todo límite: llegar, si es necesario, hasta el amor de entrega de la propia vida.

¿Y qué nos crea eso? Nos crea, nada menos, que el derecho de vivir tan en familia divina que Dios Padre, del cual nace todo amor, se convierte en nuestro Padre.

Por eso cualquier cosa que le pidamos al Padre, lo hacemos confiadamente en nombre del Hijo, es decir, de tal manera que el Padre en nosotros ve la prolongación del Hijo porque somos miembros de su Cuerpo Místico, llevamos su propia fisonomía, vivimos su vida en nuestra inteligencia, en nuestra voluntad, en nuestro corazón. Así el Padre en nosotros ve al Hijo; lo ve en el estilo de nuestro actuar, en nuestro amar al prójimo como Jesucristo lo amó. Si tratamos de vivir así, cualquier cosa que le pidamos al Padre, nos la va a conceder, porque nos va a considerar con el mismo amor supremo con el cual considera a su propio Hijo.

Y aquí tenemos todo el misterio del cristianismo, toda la vida que hay en el cielo y en la tierra, todo lo que existe en el centro, en el trono de Dios, en el seno mismo de

⁴ 1 Jn 4, 10

la Trinidad, todo lo que llega a la tierra, lo que nos vincula y nos une, y, como un boomerang, nos vuelve al seno del Padre, en el cual ya estamos por la gracia, desde el bautismo.

Cada una de estas proposiciones sea objeto de nuestra meditación, que hemos de reiterar continuamente, con lo cual embebamos nuestra inteligencia, nuestro corazón y nuestra voluntad, y, en consecuencia nuestra vida. Su fruto será abundante para nosotros y para los demás, en ese movimiento que Jesucristo quiere que tenga la vida divina: que a través de nosotros vaya al prójimo y sólo a través del prójimo, vuelva al trono de Dios.